

BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

AÑO IV.—TOMO IV.—DICIEMBRE DE 1920.—CUADERNO XVI

EL MAESTRO DIEGO GIRÓN

(Estudio de crítica bio-bibliográfica).

(Continuación.)

Ipsē sedent medius stipante senatu,
Dona recognovit populorum, operum que labores
Partibus aequavit iustus, leges que sacravit,
Et tandem capta sedem ubi legit in urbe.
Hic mentem assiduis curarum fluctibus egram
Seducem animum ad coelestia regna reflexit,
Et pectus miro Christi succensus amore
Justitiam coluit, Pietatem, et Religionem
Sed iam venturae foelicia soecula vitae
Concipiens animo, composita mente pijs que
Vocibus affatus Regem, sui cuncta ministrant,
Et magnum accesit coelestibus incrementum.
Continuo Alfonsus Regni tunc ceptra capessit
Magnanimus, Prudens que simul: quem regia longo
Ordine consequitur suboles, decora inclita quorum
Omnibus elucent terris sub Rege Philippo,
Tantorum antiquo natus qui sanguine Regum

Maximus, alternis renovat monumenta sepulcris
Maiorem, Gaudete Urbes, Fluvii qua Beatae
Hesperia quoniam tanto sub Principe vobis
Parta quies, Hesperiae clarum decus, Hispalis una
Urbibus occiduis merito prelata superbum
Tolle caput, superas sublimi et vertice sedes
Tange, parem que astris contende atollere frontem,
Sumptibus antiquis, quae sumptus es potis una
Acumulare novos regalis splendida luxu
Ecce etenim auspiciis que suis nutuque Philippi
Rectores, Proceres que tui, sanctus que senatu
Fernandum exiquo et Tumulo, sic prisca ferebant
Tempora, ad ingentem niveo de marmore sedem
Traducunt, cineres que pios de more reparunt
In feretro, longam ducentes ordine pompam.
Praeterea Tumulum hunc ingenti mole verendum
Constituunt, decorant que super radiantibus armis
Purpureasque addunt vestes, ac tierea dona
Comburunt, sacrum que sonat poeana canentes
Parte alias sacris Matrum chorus aedibus aras
Circunstat, meritos que tibi largitur honores
Fernande, egregium nostre decus Urbis, et orbis;
Et tuus hic populus bello, granibus que periculis
Peste servatus celebres tibi carmine laudes
Persduit, tales effundens pectore voces,
Salve cara Deum Soboles, decus addite divis
Qui solus pariter Reges pietati vel armis
Vicisti, et meritis Coelorum claustra petisti,
Tu primus gemino frontem diademate cinctus,
Castellae, et legionis, acres conversus in hostes
Extincti Lybicos, faelici Marte, furores
Coepisti celsismunitas turribus Arces,
Et Victor pedibus calcasti Maurica sceptrum.
Tu solus, torris parta iam pace triumphos
Duxisti innumeros, ac summi regna tonantis
Intrasti donis tandem virtutis onustus,
Unde tuam ridens oculos convertis in Urbem.
Salve Cara Deum Soboles, decus addite divis:

Accipe que pietas sacrat tibi munera loetus;
Qunc tu nostris precibus, nos que aspice proesens.

Iacobus Giron.

(Según el anónimo copista, esta composición fué trascrita del original manuscrito).—Códice de la Biblioteca Colombina de la Catedral de Sevilla.—Papel y manuscritus del Santo Rey Don Fernando. M. S.—Signatura, B4-449-21.—(La composición aparece a los folios 26, 27 y 28).

* * *

Acerca del Rey Opt. Max. de Castilla y de León, invictísimo Fernando III, y de sus principales hechos, traslación y sepulcro.(1)

CARMEN.

¿Qué edificio es este, que con tan elevada cúpula se levanta sobre los altos cielos, cual si se tratase de ver a los Dioses? ¿Qué nueva construcción es esta, sostenida por columnas, tan ordenadamente dispuestas, que apenas puede encerrarse bajo las bóvedas de tan grandioso templo? ¿Que manos la han formado? ¿Por ventura no persevera esta obra por arte supremo y oprime la Tierra bajo su extraordinario peso? ¿Cuál es la religión, cuál es la causa, quién el autor de tan extraordinaria mole? Decidlo, vosotras Diosas Pierides, decidlo, puesto que a vosotras ha sido dado tener presente todas las cosas, y recordarán los pueblos futuros las causas y los más antiguos orígenes de los acontecimientos extraordinarios: decidlo y cantad la virtud y la grandeza del invicto Rey.

Con valor y con fortuna habia comenzado la nación hispana a sacudir el yugo de los mahometanos, a recoger trofeos del vencido enemigo y a atacar con éxito feliz los ejércitos del victorioso musulmán. Pero ni estas primeras hazañas, ni los valerosos hechos de los guerreros posteriores, fueron suficientes para rom-

(1) Traducción castellana de la oda latina preinserta.

per las cadenas que sujetaban por la cerviz a los españoles, hasta que, cual extraordinario don de los dioses, les fué dado Fernando, aquel ilustre varón, que, convertido en general, consiguió que con su proverbial valentía llevasen nuestros guerreros sus banderas hasta los últimos confines de España.

Y en verdad, tan pronto como tomó en sus manos Fernando las riendas de la nación guerrera, y empuñó bajo mejores auspicios las armas, cuando inmediatamente subyugó a los rebeldes Píocenes con el ejército nacional, obligándolos, ya subyugados, a obedecer los regios mandatos: puso en orden los asuntos de la nación hispana, perturbados en tumultuosas asonadas; y dictó leyes y documentos para la paz interior.

Durante este tiempo la fiera nación Bética (el fiero musulmán), rica, opulenta y muy ejercitada en las armas, movía fiera guerra a nuestra nación y la atacaba y estrechaba con ambición cruel. No perdió el ánimo Fernando con estos contratiempos (no sufrió Fernando estas vejaciones con ánimo débil); antes por el contrario, preparó todo lo necesario para la guerra y la comienzo: devasta en primer lugar los campos fecundos en mieses y arrebató los ganados de los más ricos establos. Acometió más tarde a los de Cartagena, que estaban ensoberbecidos por su natural fiereza; derrotó los jefes y los ejércitos de Lybia, que todo lo arrasaban; obligó a los soberbios a llevar el yugo sobre su indócil cerviz y sujetó a los vencidos con sus poderosas armas.

Hecho esto y deseando realizar más valerosas hazañas, destruye con el ardor de su valerosa diestra cuanto se le pone delante; arrasa las ciudades fortificadas; conmueve fuertemente (tiene en continuo jaque) los pueblos de carácter fogoso (feroces) y arroja de sus moradas las naciones infandas desde su origen. ¿Para qué tengo de recordar ahora cuántos enemigos arrojó al otro lado de los mares? ¿Para qué tengo de referir cuántos estragos causó, cuántos combates ganó en la Bética, cuántos musulmanes, guerreros famosos derrotó? ¿Para qué tengo de analizar los despojos ganados, los trofeos recogidos y los prisioneros hechos en la guerra?

Este es Fernando, este es aquel varón, el más grande de los Reyes, el único, que nos ha devuelto con sus victorias la hacienda (la patria) y la paz; que ha restituído a nuestras ciudades

su esplendor, y que ha hecho arriar las bárbaras banderas del impuro profeta (que ha derrotado los bárbaros adeptos del impuro vate), enarbolando y fijando por todas las ciudades los sagrados estandartes del verdadero Dios.

Testigo la región de Mentisa; testigo Córdoba, cuna de varones ilustres; testigo Carmona, con sus dorados por las más ricas mieses; testigo el Betis, jefe (dominador) de las aguas Hespéridas y cuantas ciudades se asientan a la vera de sus orillas; testigo también Granada (Illiberis), que ensoberbecida con su prosperidad, despreciaba la pujanza de los nuestros, y que, admirando tan extraordinario poder, se atemorizó con razón (no en vano se atemorizó), al contemplar tan valerosos hechos.

Pero no hay en verdad empresa tan notable, entre los mil triunfos enumerados, como la de haber puesto cerco con pecho esforzado a nuestra ciudad y la de haberla conquistado tras valeroso y rigurosísimo asedio. Entonces el Rey (Fernando), conquistados tanto poder y reinos tantos, abiertas de par en par las puertas de la amurallada ciudad, entró gozoso en ella y enarboló su bandera (el signo de la redención), en la cúspide del templo.

Sevilla, que no había olvidado sus antiguos Reyes de precedencia goda, recibió entonces con alegría al nuevo Rey, de estirpe también goda, levantó gozosa sus manos al cielo y recibió en su seno a los iberos, que tras largo intervalo de tiempo, volvían nuevamente a ella. También entonces el Betis, ceñida su frente con ramos de cañas y azotando ambas orillas con su caudalosa corriente de aguas, se lanzó hacia el mar con embravecidas olas; rompió el puente y las férreas cadenas, y revolvió con extraordinario ímpetu hasta las últimas partículas de arena.

Desde entonces el honor merecido y la posteridad agradecida consagraron aquel día (el de la conquista de Sevilla) que reclama para sí la protección (la luz vivificadora) del Pontífice sumo, a quien la clemencia dió un nombre plácido (dulce, apacible): desde entonces llevaron nuestros guerreros, así en la paz como en la guerra, la efigie real por los templos, por las ciudades, por las fortalezas, y hasta por los más terribles campamentos.

Mas, luego que Fernando hubo derrotado per completo, como guerrero, a las huestes enemigas, y hubo sometido, como jefe, a su dominio las más hermosas ciudades; tranquilo ya des-

pojó del verde laurel los tiempos victoriosos y concedió un lugar a la plácida oliva. El mismo, estando acompañado de su esclarecido senado y ocupando el lugar de preferencia, reconoció los dones (privilegios) de los pueblos, distribuyó equitativamente los trabajos, dió leyes y franquicias, y, por último, elige para residencia suya la ciudad conquistada (Sevilla)

Aquí, apartando su fatigada mente de las asiduas agitaciones de los negocios públicos, volvió su ánimo a la contemplación del reino celestial y rindió hermoso culto a la justicia, a la piedad y a la religión. Y así, percibiendo los siglos felices de la vida futura, dispuesta su alma y dirigiendo piadosas obras al Señor, Rey poderoso, a quien sirve y obedece la creación entera, cambió plácidamente el reino temporal por el reino eterno y acrecentó en su vida el número de los bienaventurados.

Inmediatamente después empuña el cetro regio el magnánimo y prudente Alfonso, a quien sigue en no interrumpida sucesión una raza de Reyes, cuyos inclitos y honrosos hechos brillan esplendorosos en toda la tierra, bajo el reinado de Felipe, quien, siendo el más excelente de los descendientes de tan esclarecidos Reyes, renueva en inmortales sepulcros los monumentos de sus mayores. Regocijáos, pues, ciudades y ríos de la feliz España, porque bajo el imperio de tan esclarecido Príncipe os ha sido dada la paz, el honor y la potestad suprema.

Y tú, Sevilla, preclaro ornamento de España, tú, que eres cabal y justamente la única preferida entre las ciudades de Occidente; tú, que eres la única de ir agregando con esplendidez verdaderamente regia gastos nuevos a los antiguos gastos, levanta tu noble cabeza, toca los cielos con tu elevada Giralda y esfuerzate en colocar tu frente tan alta como los astros. Porque he aquí que tus autoridades, tus próceres y tu esclarecido Cabildo, obedeciendo a sus propios impulsos y a la voluntad de Felipe, trasladan a Fernando del exiguo túmulo, así se hacía en los tiempos antiguos, a una magnífica morada de mármol níveo, y celebrando con todo orden extraordinaria e inusitada solemnidad colocan según costumbre en el féretro las piadosas cenizas. Colocan también el venerable túmulo en la grandiosa Basílica, lo adornan con radiantes armas, añaden vestiduras purpúreas, quemán olo-

roso incienso, y cánticos y hermosos himnos resuenan en el sagrado recinto.

Por otra parte, extraordinaria multitud de matronas rodea las aras en la sagrada Basilica y tributa los merecidos honores a tí, Fernando, que era la gloria insigne de nuestra ciudad y del orbe todo. Y este tu pueblo, libre de la guerra, de la peste y de los más graves peligros, canta debidamente tus eximias alabanzas, prorrumpiendo de lo más íntimo de su corazón en las siguientes palabras:

Salve, carísimo descendiente de los Dioses, dad gloria a Dios; tú, que eres el único que has vencido a los Reyes lo mismo en la piedad que en las armas, y que has pedido con tus virtudes la mansión de los cielos; tú, que eres el primero que has ceñido tu frente con las dos coronas de Castilla y de León, que has luchado contra acerbos enemigos, que has extinguido felizmente los furros Líbicos, que has conquistado fortalezas y castillos fortificados con elevadas torres, y que has pisoteado victorioso los reinos y el poderío de los musulmanes. Tú solo has conseguido innumerables triunfos de los más crueles enemigos, obtenida ya la paz, y, cargado con los méritos de la virtud, has entrado en el reino celestial, desde el cual vuelves gozoso, sonriente, tus miradas hacia tu ciudad, hacia Sevilla.

Salve, pues, carísima descendencia de los Dioses, dad gloria a Dios; recibe alegre los dones que la piedad te consagra; muéstrate propicio a nuestras súplicas, y tennos siempre presentes.

LUIS MONTOTO DE SEDAS

Correspondiente en Madrid.

(Continuará.)

